



Parish of Saint Joseph

582 Hope Street
Mountain View, CA 94041-2087

EL PASTOR NOS HABLA...

(Domingo XX del Tiempo Ordinario de 2026)

La mujer cananea del Evangelio de hoy (Mateo 15, 21-28) llama la atención de todos por la fe que manifestó ante Jesús. Sin embargo, lo que realmente la hace destacar no es tanto el hecho de que creyera que Jesús podía devolver la salud a su hija, sino la manera en que respondió a las palabras desafiantes de Jesús sobre la gente de Canaán. Aquí es necesaria una breve explicación geográfica para comprender el significado simbólico —y tal vez la implicación teológica— de Tiro y Sidón, lugares mencionados en este Evangelio. *«Jesús se retiró a la región de Tiro y Sidón. Y he aquí que una mujer cananea de aquella comarca salió»* (Mateo 15, 21-22). La antigua tierra de Canaán corresponde hoy a los territorios de Israel, Cisjordania y Gaza, Líbano, Jordania y el oeste de Siria. La región de Tiro y Sidón se encuentra en el actual Líbano; sabemos que Jesús dirigió duras palabras contra sus habitantes, que eran gentiles —es decir, no judíos—. Y Jesús les reprochó su falta de fe y, en consecuencia, serían juzgados por la obstinación de sus corazones: *«porque no se arrepintieron»* (Mt 11, 20-22). Así pues, la mujer cananea queda identificada por su origen étnico y cultural no judío.

En los tiempos bíblicos, los cananeos aparecen bajo una luz negativa. En el Libro de los Reyes del Antiguo Testamento encontramos referencias a su dios Baal (2 Reyes 10, 18-28) o a su diosa Asera (2 Reyes 23, 4-7). Incluso sus prácticas rituales de fertilidad y el sacrificio de niños presentan a los cananeos como evidentemente malvados. El libro del Levítico (18, 25) reprende a los cananeos: *«La tierra quedó contaminada; por eso castigué su iniquidad, y la tierra vomitó a sus habitantes»*. Ahora comprendemos la razón por qué Jesús le dice a la mujer: *«No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros»* (Mateo 15, 26). Su respuesta demuestra la valentía con la que afronta su propia pequeñez ante el Señor y reconoce humildemente que su condición de cananea —o de no judía— no la excluye del amor generoso de Dios. *«Sí, Señor; pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus dueños»* (Mateo 15, 27). Su fe en Jesús desafió cualquier barrera cultural o étnica. Y así, obtuvo de Jesús lo que buscaba.

La respuesta de la mujer ante la palabra denigrante o humillante de «perros» —utilizada en referencia a sus orígenes étnicos— es un poderoso recordatorio para los discípulos de que los habitantes de la tierra de Canaán ya sean judíos, libaneses, jordanos o sirios (o personas de Cisjordania y Gaza), pertenecen a la familia de Dios. Esto nos enseña que la misión de los Apóstoles no se limita a las ovejas perdidas de Israel, sino que se extiende a quienes necesitan a un Dios al que reconocen como un Dios amoroso y misericordioso. También nos recuerda que en el Reino de Dios todos son bienvenidos y hay espacio más que suficiente para todos. No debemos preocuparnos por si somos aceptados o no, ni por la imagen que proyectamos ante el pueblo de Dios; lo más importante es aceptar que pertenecemos al pueblo santo de Dios. No es que merezcamos pertenecer a él por lo que podamos hacer por el Reino, sino que debemos reconocer que es iniciativa de Dios atraernos hacia sí mismo por medio de Jesucristo. Mediante nuestro renacimiento en el bautismo, hemos pasado a formar parte de la vida de Dios y ahora Él habita en cada uno de nosotros por medio del Espíritu Santo.

La Eucaristía que celebramos hoy fortalece nuestro sentido de pertenencia al Reino y nos recuerda el llamado a la unidad y al amor mutuo. Participemos en esta Eucaristía y dejémonos transformar por ella, para así llevar eficazmente el mensaje de amor y perdón que Dios nos otorga a cada uno.

Rev. P. Engelberto Guzmán Gammad, JCD
Cura Párroco